

Aladino

\$2.



N.º 6

addeard

Conversación con los lectores

Queridos amiguitos:

¡Qué alentador ha sido para mí recibir en poquisimos días numerosísimas cartas de lectorcitas y lectorcitos de todo el país, dando respuesta a mi anterior "conversación con los lectores":

La verdad es que no esperaba menos, pues estaba seguro de recibir tan valiosa adhesión de ustedes, por cuanto "ALADINO" es SU revista.

Era mi deseo contestarles a todos por medio de cartas personales; pero para ello habría sido necesario ocupar dos o más secretarías y quitarme muchísimo tiempo, el cual necesito para dedicarlo al constante mejoramiento de cada nuevo número de "ALADINO". De modo, amiguitas y amiguitos, que les ruego tomar estas líneas como mi respuesta personal a cada uno de ustedes, agradeciéndoles zafurosamente que estén formando una decidida y leal legión de amigos y defensores de "ALADINO".

Y será hasta el próximo viernes.

EL DIRECTOR

AÑO I

ALADINO

N.º 6

LA REVISTA MARAVILLOSA DE LOS NIÑOS

APARECE LOS VIERNES

Editores:

Carlos De Vidts Ltda.

Huérfanos 611 - Cas. 9795

Teléfono 32065

Santiago de Chile

Director:

Clemente Andrade M.

Precio del ejemplar

\$ 2.—

SUSCRIPCIONES

Anual, 52 Ed., \$ 80; Semestral, 26 Ed., \$ 45; Trim., 13 Ed. \$ 25.

TODA REMESA DEBE HACERSE A LA ORDEN DE LOS EDITORES

PEPITO ME PROMETIO
PARA HOY UN PASEO
A CABALLO.



MI CABALLO
ESTA ENFER-
MO.
¿QUE HARÉ?



IMPOSIBLE HACER EL PA-
SEO "FAROLITO" ESTA MAL.

¡ME DISTE TU PALABRA!



Y PARA UN HOMBRE LA
PALABRA ES SAGRADA.





El Cazador de la Selva Negra

Ilustraciones de Adduard.

En una antigua comarca situada entre selvas y montañas vivía un cazador llamado Amiel. Su orgullo consistía en ser el mejor cazador de la región y de conocer palmo a palmo tan selvático rincón del mundo.

El mayor tesoro que poseía Amiel era su arco y su flecha, que le permitían ganarse la vida en forma holgada, pues, gracias a su espléndida puntería, siempre cazaba los más grandes y hermosos animales cuyas pieles vendía en el mercado de la vecina ciudad. Los mercaderes, cuando le veían venir cargado de las pieles, se agrupaban en torno suyo y exclamaban en coro:

—¡Ha llegado el Rey de los Bosques!

Amiel sonreía satisfecho, y echando sobre el suelo sus pieles, comenzaba a ofrecerlas a muy buen precio, vendiéndolas todas.

Como el joven cazador era muy bueno y generoso, siempre apartaba unas monedas para repartirlas entre los mendigos del mercado, los cuales le bendecían y deseaban que tuviera todo el tiempo tan buena puntería y suerte en sus cacerías.

Uno de aquellos días en que Amiel fué al mercado a vender el producto de la caza, vió a un mendigo que le era completamente desconocido. Este hecho bastó al joven para dar dos monedas en lugar de una a ese pobre hombre, pues pensó que era alguien que recién habría caído en la miseria.

Luego de repartir otras monedas entre los demás pordioseros del mercado, Amiel se marchó hacia una posada para saciar su apetito, que se había acrecentado con la larga caminata. Había caminado un buen trecho cuando oyó que alguien le llamaba. Se detuvo y vió que era el nuevo mendigo.

—Joven Amiel, perdóname por haberte seguido, pero deseo pedirte un enorme favor.

—¿Qué deseas? Tendré mucho gusto en servirte.

—Deseo que me invites a comer contigo, pues veo que llevas camino de la posada.

Sonrió Amiel y tomando al mendigo por el brazo le invitó a acompañarle.

Una vez instalados en una mesa de la posada, el cazador ofreció un verdadero banquete al pobre hombre y se sintió muy feliz al verle comer a destajo. Terminadas las apetitosas viandas, Amiel preguntó al anciano:

—¿Deseas algo más, mi buen amigo?

—Sólo quiero que me regales la mitad del dinero que hoy ganas te vendiendo tus pieles.

El cazador lanzó una risotada al oír tan sorpresiva petición.

—No te rías, joven. Necesito la mitad de tu dinero. Si no lo haces me veré impedido de regresar a mi heredad que haré resurgir si llevo el dinero que necesito.

Amiel pensó un momento y recordando que para él era tan fácil ganarse la vida, dió la mitad de sus ganancias al anciano, quien le bendijo emocionadamente, prometiéndole que le devolvería el dinero apenas pudiese hacerlo.

El joven le dijo que no se preocupase por tal cosa y se levantó de su asiento para marcharse, pero el anciano le detuvo para pedirle otra cosa más. Amiel no pudo reprimir un gesto de sorpresa, pero escuchó al mendigo.

—¿Si vieras volar en torno tuyo un pájaro herido, le matarías?

Amiel se quedó pensativo al oír esta pregunta al pordiosero, pero en seguida contestó:

—No... ¿Para qué haría tal cosa? No soy un hombre cruel.

—Muy bien —respondió con tono de gran satisfacción el anciano, agregando: —Eso era lo que te iba a pedir: nunca ataques a un herido.

Momentos más tarde, el cazador emprendía el regreso a su casa, sin olvidar el curioso encuentro con el mendigo.

Pasó el tiempo, y Amiel notó que a pesar de su destreza y habilidad para manejar el arco llegó el día en que no pudo cazar nada, porque los animales parecían haber huído de los bosques y fué inútil que se arriesgase a buscarlos hasta en sus propias madrigueras.

A partir de entonces sus armas permanecieron inactivas, se le fué terminando su dinero y la más espantosa miseria fué adueñándose de su hogar.

Un día en que el cazador, sumido en tristes pensamientos, se encontraba en un bosque cercano a su casa, sentado en un tronco, después de muchas horas de inútil caminar por entre espesos matorrales, sin que se pudiese a su alcance ni el más insignificante cervatillo, sintió el graznido de un pájaro. Miró hacia lo alto, descubriendo que un ave volaba por sobre su cabeza, inclinándose a cada instan-



te como si tuviera un ala herida. Esto hizo que Amiel recordase lo que había prometido al mendigo de no atacar a un pájaro herido. Pero, como su pobreza era tan grande, colocó una flecha en el arco y se aprestó a dispararla. Sin embargo, no alcanzó a hacerlo debido a que en ese instante cayó a sus pies un trozo de viejo pergamino. El joven lo recogió, impulsado por la curiosidad, mientras el ave describía círculos hasta descender junto a él. Una vez que el extraño documento estuvo entre sus manos, Amiel observó que había escrito en él unos borrosos caracteres. Y he aquí lo que decía el escrito:

“Si eres tan buen cazador
como el mundo te proclama,
demostrarás tu valor
y aumentarás tu fama,
libertando a una princesa
que en la selva gime presa
de un malvado traidor”.

El joven quedó desconcertado ante la lectura del pergamino y no atinaba que hacer, cuando se fijó que el pájaro se miraba doloridamente una herida que tenía en el ala. Amiel, al momento, corrió al arroyo cercano y allí cortó y mojó en el agua unas hierbas muy curativas, regresando donde el ave, curándola cuidadosamente. Instantes después de realizado este bondadoso acto por el buen cazador, el ave batió sus alas y se convirtió en el pordiosero desconocido, quien, ante los espantados ojos de Amiel, tomó la palabra y dijo:

—Mi buen amigo, veo que has cumplido fielmente la promesa que hace algún tiempo me hiciste. He venido a pagarte la deuda que contraí contigo, pero no he de devolverte el dinero sino que te daré una hermosa oportunidad para que libertes a la princesa que menciona ese pergamino. ¿Te hallas capaz de ir a la Selva Negra y salvarla de su raptor?

—Lo haré al instante —respondió el joven.

—Gracias hijo mío. Estaba seguro de que lo harías.

—Pero, ¿cómo haré para llegar a la Selva Negra? La verdad es que no la conozco.

—Volveré a tomar la forma del pájaro que viste hace unos momentos y seguirás mi vuelo hasta que me detenga en cierto lugar, el que examinarás con detención.

Y terminando de decir estas palabras, el anciano se convirtió nuevamente en el ave y emprendió el vuelo. Amiel echó entonces a



correr tras del pájaro y, a pesar de que corrió una enorme distancia no sentía cansancio alguno pues parecía que el viento le llevaba en sus alas. Así fué siguiendo al ave hasta las más recónditas profundidades de aquella selva, hasta que su guía se detuvo ante una vieja encina, desapareciendo en seguida misteriosamente.

El cazador examinó cuidadosamente el viejo árbol, siguiendo las instrucciones recibidas del extraño personaje, y no tardó en descubrir entre las rugosidades del tronco una llave oxidada y luego el ojo de una mohosa cerradura. Sin perder tiempo, metió en ella la llave, la hizo girar con todas sus fuerzas, y una gran parte de la corteza de la encina se abrió chirriando como si fuese una puerta.

Amiel se asomó a la abertura y vió que había una escalera rústica, formada por troncos de árboles que descendía hasta las profundidades de la tierra. Atraído por la aventura, el joven cazador no titubeó un instante en bajar por aquella escalera y, tras de muchas vueltas y revueltas, se encontró al final en una especie de enorme salón iluminado por una luz verdosa.

Se detuvo largo rato a mirar aquella sala descubriendo que sus paredes estaban cubiertas por toda clase de trofeos de caza: pieles, garras, cuernos, cabezas de osos, jabalíes y ciervos.

—¡Me parece que me he metido en la guarida de un cazador rival mío! —se dijo en voz alta el joven.

Luego le llamó la atención una maciza puerta de hierro situada al fondo, delante de la cual apareció un negro gigantesco, que



se cruzó de brazos como haciendo guardia. Amiel se detuvo sorprendido, pero no intentó huir, pues recordó que el pergamino decía que había allí una princesa que era la prisionera de un malvado traidor.

—Este gigantón debe ser el muy malvado —pensó Amiel, y disimuladamente preparó su arco para defenderse si era atacado.

El negro avanzó unos pasos a su encuentro y la preguntó con voz de trueno:

—¿Quién eres y qué buscas?

—Soy Amiel, el cazador.

El negro se echó a reír, y su risa hizo temblar las paredes. En seguida preguntó:

—¿Qué has venido a hacer a mis dominios?

—Vengo a libertar a la princesa —contestó valientemente el cazador.

Esta vez fué tan estrepitosa la risa del gigantón, que Amiel temió que se derrumbara todo el aposento. Cuando el negro calmó su risa, replicó al joven:

—Muchos otros han venido antes que tú a este lugar y ninguno de ellos ha salido de él. Y para que lo sepas, te diré que yo soy quien tiene cautiva a la princesa, antigua dueña de estos bosques. Y yo soy también quien ha hecho desaparecer todos los animales en cien leguas a la redonda, porque no quiero que nadie cace sino yo, pues todo me pertenece. Ahora, si quieres salir con vida de aquí, márchate y no vuelvas más por estos lugares.

—He venido a libertar a la princesa —respondió Amiel— y no saldré de aquí hasta conseguirlo.

—Si pretendes libertarla tienes que vencerme, demostrando que eres mejor cazador que yo. Pero ten en cuenta que nadie ha podido hacerlo hasta la fecha y que en ello te va la vida, pues te mataré si pierdes.

—Nada me importa la vida —contestó Amiel—. Estoy dispuesto a someterme a la prueba que me pides.

—Está bien—dijo el gigantón— Ven conmigo.

El gigantesco negro condujo al joven a una larga galería iluminada por el resplandor de unas antorchas sujetas a los muros, y señalando un jarrón de plata, colocado sobre una pequeña columna, le dijo:

—Ese será nuestro blanco, pero tendremos que tirar en la obscuridad. Veamos si eres capaz de hacer lo que yo hago.

En seguida llamó a unos esclavos y les ordenó que apagasen las antorchas, quedando la galería sumida en las tinieblas. Instantes más tarde el gigantón disparó tres flechas, escuchándose sus





ad.

silbidos al cortar el aire y al atravesar el jarrón de plata. ¡Las tres flechas habían perforado el blanco!

Entonces Amiel cogió su arco y disparó la primera flecha, que produjo al chocar con el jarrón un sonido cristalino. Pero la segunda y la tercera flecha no arrancaron sonido alguno, demostrando que se habían perdido en el aire, sin alcanzar el blanco.

—Y bien —preguntó el gigantón, riendo con todas sus fuerzas—, ¿te das por vencido, osado jovencuelo?

—Manda antes encender las antorchas —contestó Amiel—. La vista decidirá mejor que el oído.

Ordenó el negro a sus esclavos que encendiesen las antorchas, y cuando la galería quedó otra vez iluminada, pudo verse lo ocurrido. Las tres flechas del gigante habían perforado el jarrón por tres lugares diferentes y arrancado tres sonidos, pero de las del joven cazador, sólo la primera había hecho vibrar el metal, porque las otras dos pasaron por el mismo agujero abierto por ésta.

El negro hizo un gesto de asombro, y fué ahora Amiel quien le preguntó:

—Mi destreza ha sido mayor que la tuya. ¿Te das por vencido?

Un relampago de ira cruzó por los ojos del negro y rabiosamente exclamó:

—¡Esto no ha terminado! Aún tengo que someterte a otra prueba.

—Te venceré en todas las pruebas a que me sometas —respondió Amiel.

El gigante ordenó a sus esclavos que le trajesen al ciervo sagrado, y cuando el hermoso animal fué traído, dijo al joven cazador:

—Este hermoso ciervo es objeto de adoración por mis esclavos y, por consiguiente, quien le cause algún daño deberá ser castigado con la muerte. Yo le haré colocar una hoja de encina en la oreja izquierda y otra en la pezuña trasera del mismo lado. Si logras atravesarle ambas hojas de un solo flechazo, sin rasmillar siquiera su oreja ni la pezuña, reconoceré que vales más que yo y libertaré a la princesa.

—Si no es más que eso —respondió Amiel—, puedes ir entregándome la llave del aposento donde está la princesa.

El negro rió estruendosamente, pues sabía que era imposible que alguien atravesase con una sola flecha dos hojas colocadas en partes tan diferentes del animal sagrado, y sin el seguro riesgo de herirlo. Pero el joven se mostraba tranquilo y desafiante. Terminó de reír el gigantón y ordenó a los esclavos sacasen al ciervo sagrado a un bosquecillo, invitando a Amiel a ir con ellos. Una vez en ese lugar, dió la voz de soltar al animal.

El joven cazador tomó un poco de barro del suelo e hizo una bola con él y la lanzó con maravillosa destreza a la oreja izquierda



del ciervo, sin rozar la hoja. El animal al sentir quel estorbo, se paró en seco y trató de sacudírsela con la pata trasera del mismo lado. Entonces Amiel, sin perder un instante, disparó una flecha con tal precisión que, encontrando juntas las dos hojas las atravesó certeramente y sin rozar ni la pezuña ni la oreja del ciervo.

Amiel esperaba que con esta maravillosa prueba el gigante se diese ya por vencido; pero éste, que estaba procediendo engañosamente, declaró que aún le faltaba una tercera prueba.

—¿Ves aquel manzano? —dijo al joven, señalando uno muy frondoso y cargado de frutos—. Si derribas de un solo flechazo todas sus manzanas no me resistiré más y te entregaré las llaves que guardan a la princesa.

El gigante acompañó estas palabras con otra burlona risotada, porque comprendía la imposibilidad de tal hazaña. Sin embargo, Amiel le respondió con la misma tranquilidad de siempre:

—No se te ocurren más que cosas tan sencillas. Cócate debajo del árbol y verás caer todas las manzanas.

El negro lo hizo así y Amiel apuntó cuidadosamente con su arco. Un instante después cruzaba el aire una flecha y fué a clavarse en el mismo corazón del manzano, con lo que éste se secó instantáneamente, dejando caer todas sus muertas ramas. El gigante, que estaba mirando hacia arriba con la boca abierta no tuvo tiempo de retirarse y quedó sepultado bajo la lluvia de manzanas y pesadas ramas. En ese mismo momento surgió de la tierra como por encanto el mendigo desconocido, pero no con sus raídas vestimen-



tas, sino que luciendo un hermoso traje bordado con oro, muy bien lavado y peinado y con las manos llenas de joyas.

—Amiel, Rey de los Bosques —expresó el aparecido—, yo soy el Rey de esta comarca y tú, con lo que has hecho, me has vuelto mis bienes. La princesa es mi hija y ahora debes correr a librarla de su prisión.

El joven cazador, rápido como el rayo, se arrojó sobre el negro que estaba sepultado entre los frutos y los restos del manzano y le sacó las llaves, corriendo en seguida a poner en libertad a la princesa. Al regresar con la hermosa joven, padre e hija se fundieron en un largo abrazo. En seguida, el Rey dijo:

—Hija mía, aquí tienes a nuestro salvador. Gracias a su buen corazón y a su valentía, nuestro encantamiento y prisión ha terminado. ¡Dale las gracias!

La princesa se acercó sonriente y feliz al cazador y rodeándole el cuello con sus blancos brazos lo besó en las mejillas.

Al día siguiente de estos acontecimientos sucedió otro no menos importante: Amiel y la princesa celebraban sus bodas y subían al trono del Reino de la Selva Negra, pues el rey deseaba pasar en descanso sus últimos años. Desde entonces el joven cazador no volvió a empuñar el arco, pues era rico y poderoso, dejando que los bosques se volviesen a poblar de hermosos animales, los cuales vivieron libres y dichosos, sin temor a las armas de los cazadores.

F I N

PAGO DE PREMIOS

Los premios correspondientes a "Casos y Cosas de Chile" y de las historietas de "Ondita" y "Mateito", se pagan en nuestras oficinas cualquier día hábil entre 3 y 7 de la tarde.

«COLMILLO»

Por Christie



Casos y Cosas de Chile ★



Envíenos un caso o cosa de Chile, diciendo en hoja aparte, de dónde obtuvo la información, y si es publicada ganará un premio de VEINTE PESOS

Los casos y cosas premiados esta semana, son los siguientes:

Los alerces que crecen en Chiloé son gigantescos, pues hay ejemplares de 46 metros de altura y de 15 pies de diámetro. Otros árboles, comunes en los bosques chilenos son los ulmos, llamados allá muermos; los avellanos, canelos, tepus, robles y cipreses. La planta más común es la quila, especie de bamú chileno que se eleva a 15 y 20 pies y que se entrecruza en forma impenetrable. — MARIA BORQUEZ VERA. Lira 1381, Santiago.

El 1.º de enero de 1575, como regalo de Año Nuevo, recibió don Rodrigo de Quiroga la noticia de su nombramiento como Gobernador de Chile. La noticia alegró a todo el vecindario, pues el nombramiento recaía en uno de los más netos conquistadores y fundadores de Santiago, cuya esposa, doña Inés de Suárez, estaba también intensamente vinculada al desarrollo de la ciudad y a la gran gesta

comenzada por Pedro de Valdivia. — ALFREDO SANTANA GOMEZ, Correo Nos.

En los canales de Tierra del Fuego se encuentran numerosísimos glaciares o ventisqueiros que por su tamaño y hermoso aspecto nada tienen que envidiar a los renombrados témpanos noruegos. Estos se forman por la acumulación de nieve en profundas quebradas y cuando el peso de la nieve aumenta se desplazan hacia las aguas, formando peligrosos aludes. — ENRIQUETA LISBOA P., Manuel Rodríguez 41, San Fernando

En la época de la Colonia, el precio de una esclava era de trescientos a quinientos pesos; los indiecitos araucanos solían regalarse. Sus dueños les cortaban el pelo dejándolos completamente rapados, pero con un mechoncito en la frente para el "tironeo" de sus amos cuando estimaban del caso llamarles la atención. Los llamaban "chinitos" y generalmente acompañaban a las damas a la iglesia, llevándoles un piso y una alfombra para que oyeran cómodamente la misa. — MARIO JORDAN, Franklin 775, Santiago.

LAS PANTERAS DE ARGEL

DE ENRIQUE SALCARI — ILUSTRACIONES DE
CARO GIMENEZ

RESUMEN: El barón de Sante'mo ha alcanzado a pasar por el puente levadizo del castillo de su prometida, salvándose de morir en manos de los berberiscos. La condesa I a se informa de la traición de Zuleik y comunica al barón que hay una salida secreta si es necesario abandonar el castillo. Pero en esos momentos los atacantes han llegado a los fosos, tratando de escalar las torres, siendo recibidos a cañonazos y arrojándoles agua hirviendo.

La condesa animaba a las mujeres a llevar aquellos proyectiles sobre los bastiones, y ella misma se exponía sin temor a los tiros de las galeras, mientras que el barón, a la cabeza de los soldados, trataba por todos los medios de impedir el asalto.

Por ambas partes se había empeñado la batalla con furor extremo; los unos, decididos a tomar el castillo y los otros, a defenderlo hasta el último momento; no ignorando qué triste suerte sería la suya en el caso de ser vencidos.

Mientras las culebrinas y las bombardas de los bastiones y

las de las galeras cambiaban sin cesar balas y granizadas de metralla, los corsarios del foso rugían como leones y no permanecían inactivos.

Un grupo de los más audaces había asaltado el puente levadizo, tratando de despedazar las cadenas y de romper las gruesas tablas a golpes de hacha, mientras otro grupo había llevado una larga escala, apoyándola sobre la terraza.

Al primer grupo no le ayudó la fortuna en su temeraria empresa, porque Antonio, que se encontraba sobre la plataforma de la torre mandó volver contra el puente una bombardas cargada de metralla, cuyos proyectiles llenaron el foso de muertos y heridos.

En cambio, el otro grupo, aprovechándose del humo de la artillería que la calma de la atmósfera mantenía sobre los bastiones se había lanzado valerosamente al asalto, subiéndolo por la escala con un griterio ensordecedor. Aquellos hombres ascendían con velocidad vertiginosa, como si estuviesen dotados de la agilidad de los monos, llevando la cimitarra entre los dientes y animándose unos a otros con voces de triunfo. Parecían legiones de demonios salidos del infierno.

El barón, que conservaba toda su sangre fría y que desafiaba intrépidamente las balas de las galeras, sabía reunido en aquel bastión almenado, que era el más bajo de todos la mayor parte de los hombres disponibles para la defensa.

Armado con hacha de abor-daje, golpeaba con furia sobre

los yelmos que aparecían en el borde del bastión, dando pruebas de un vigor y de una serenidad verdaderamente extraordinarios.

Cuando el hacha estuvo inservible empuñó la espada, descargándola con furia sobre los asaltantes.

Su gente le ayudaba vigorosamente, derribando de vez en cuando alguna escala, la cual se precipitaba en el foso, con todos los hombres que la montaban, entre gritos de furor y de muerte.

De este modo, el foso se llenaba de muertos y heridos, sirviendo por eso los asaltantes cesaban en su empresa. Nuevas gentes acudían de las galeras, las cuales desembarcaban en chalupas, y volvían de nuevo a

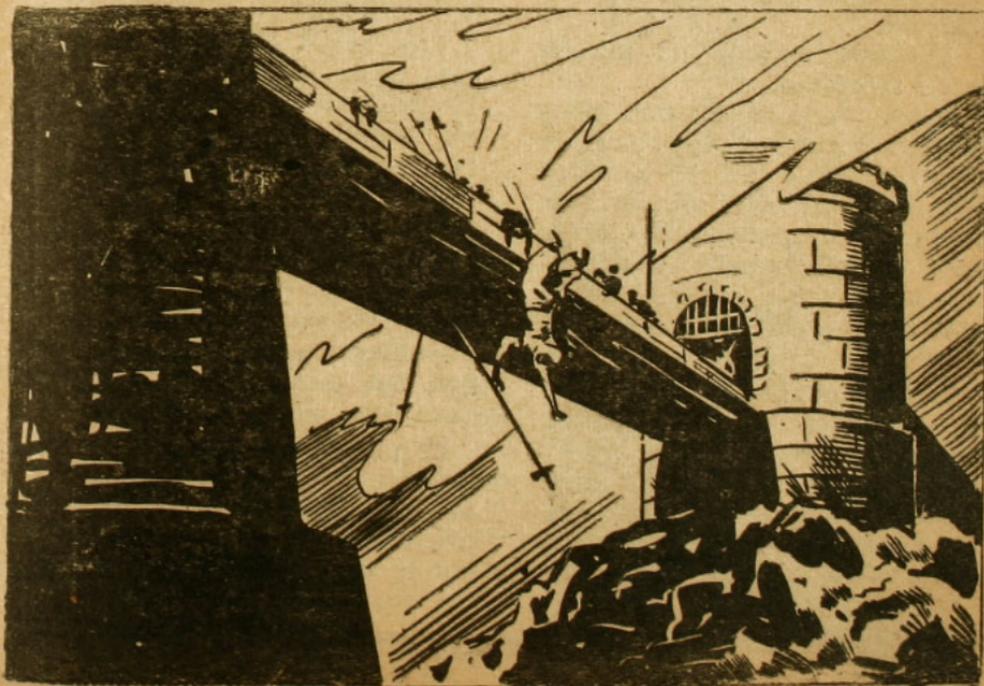
escalar aquel bastión tan formidablemente defendido.

Derribada una escala, la reemplazaban otras tres o cuatro, que bien pronto se cubrían de berberiscos, los cuales se lanzaban al asalto con mayor ímpetu que nunca, arrojando sobre los defensores cohetes incendiarios repletos de resina para quemar el castillo.

También habían conseguido los enemigos derribar el puente levadizo, sin cuidarse de las bajas que producía en ellos la mosquetería de las gentes del castillo.

Con la muerte en el alma, el barón veía aproximarse el instante en que sus hombres no podrían hacer frente a tantos enemigos, cada vez más furiosos y obstinados.

El jefe de la guarnición del



castillo, el viejo Antonio se le había acercado, diciéndole con voz afanosa:

—¡Señor barón, es imposible prolongar más la resistencia!

—¿Dónde está la condesa? — preguntó el caballero, que acababa de hundir el cráneo a un moro que apareció sobre el bastión.

—En la terraza superior.

—Vé y dile que se retire a la torre; allí lucharemos hasta el último momento.

—Está bien.

—¡Ten dispuestos cuatro hombres para que corten el puente. Cabeza de Hierro! —gritó.

El catalán, que poco antes se había resguardado detrás de una almena, no respondió.

—Acaso haya muerto —pensó el barón, cortando las manos a un negro que ya se había encaramado sobre el borde del bastión.

Entonces dirigió una mirada a su alrededor.

Cinco o seis de sus marineros y algunos hombres de armas yacían en torno de él, muertos por las balas de la artillería de la escuadra; pero no vió entre ellos al infortunado catalán.

—Habrá ido a reunirse con la condesa —murmuró. Le verá más tarde.

Después abandonó rápidamente el bastión, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Todo el mundo a la torre!

En aquel mismo instante, gritos de triunfo resonaban en la extremidad de las murallas;

con un esfuerzo supremo, los argelinos habían conseguido poner el pie en ellas, y se arrojaban a la terraza como un torrente, llevando delante de sí hombres de armas y criados que huían a la desbandada.

En medio de todo aquel estrépito, en medio de aquellos cantos de victoria y gemidos de muerte, el barón oyó un grito:

—¡Carlos mío!

Alzó los ojos sobre la terraza. Las mujeres huían apresuradamente hacia el puente que unía al castillo con la torre, mientras algunos hombres de armas luchaban desesperadamente entre un grupo de berberiscos que ya habían llegado a aquel sitio y se esforzaban por cortar la retirada a los defensores.

—¡A mí! —rugió— ¡Salvemos a la condesa!

Una escala conducía del bastión a la terraza; el barón la recorrió como un relámpago, sin mirar si era seguido o no por los soldados.

Con pocos golpes de hacha se abrió espacio, y se unió a los hombres de armas que defendían el puente y que estaban a punto de ser envueltos.

—¡Manteneos firmes! ¡Hay que dar tiempo a las mujeres para que puedan salvarse!

El puente que unía al castillo con la torre, la cual estaba aislada sobre la cima de una pequeña roca, era de madera y, por lo tanto, fácil de inutilizar.

y hasta de defender, porque era también muy estrecho.

Apoyado por los hombres de armas y por los marineros que le habían seguido, el barón hizo frente a los argelinos, que ya estaban en la terraza y que surgían por todas partes.

Como un tigre se había lanzado sobre los enemigos, y estaba a punto de librarse de ellos, cuando se encontró delante de un guerrero que tenía la cabeza cubierta con un yelmo con visera que le ocultaba el rostro, y que le atacó con furor, blandiendo una espada de dos manos.

El joven caballero tuvo tiempo suficiente para recoger un escudo; paró con él la estocada del berberisco y le descargó un golpe de maza con tal violencia que el casco se hendió en dos pedazos.

El rostro del guerrero infiel apareció de pronto entre las henduras de la destrozada celada.

Al reconocerle, el barón lanzó un rugido de rabia.

—¡Ah! ¿Eres tú, Zuleik? — exclamó— ¡Pues por Cristo que esta vez no te escaparás!

—¡Sí, Zuleik! —replicó el esclavo con acento de odio—; Zuleik, que viene a apoderarse de la mujer a quien ama!

—¡Pues muere, perro! —gritó el barón, atacándole con desesperada furia.

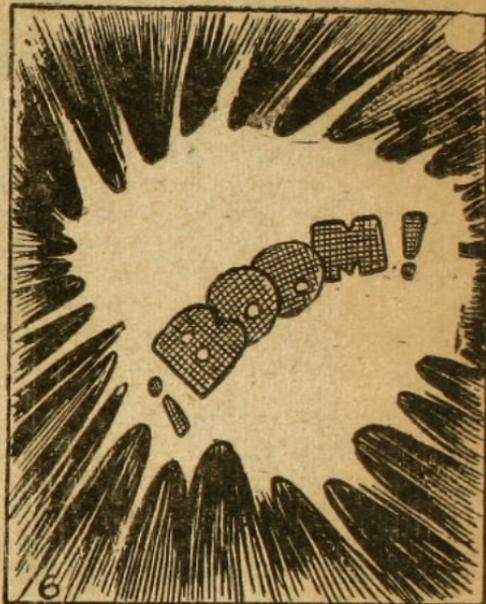
En torno de los dos campeones de aquella lucha sangrienta se habían replegado los combatientes, por más que la batalla continuaba enconada entre berberiscos y malteses.



(Continuará)



MACUQUITO El inventor Por LUGOZE



EL SUPER CONDOR

POR CLEMENTE ANDRADE M.

ILUSTRACIONES DE CARO GIMENEZ

RESUMEN: El Super - Cóndor, al verse rodeado por los salvajes del lugar, y comprendiendo que nada puede hacer porque está bajo el efecto de la droga de su

enemigo el sabio loco, se entrega prisionero conjuntamente con Danilo. Son atados a los postes del suplicio para ser sacrificados al amanecer del nuevo día. La única esperanza que tienen es que el poder del amo del Reino de Piedra se renueve antes de la salida del sol. Las horas pasan lentamente, hasta que el Super-Cóndor dice en voz baja: "¡Ya! ¡Ya!...

—¿Qué? —preguntó con ansiedad Danilo.

—Siento que estoy recuperando mi poder, —respondió el Super-Cóndor, Dentro de unos segundos volveré a tener mis alas y mi poder mental.

Deberás estar listo, Danilo, porque en cualquier momento huiremos.

—¿Cómo lo hará, Super?

—Bastará con que llene de aire mis pulmones para que estas ligaduras se rompan como delgados hilos, y entonces renacerán mis alas. Para no perder tiempo te arrancaré con poste y todo del suelo y nos remontaremos en vuelo.

—¡Exacto! —exclamó Danilo, que se sentía renacer.

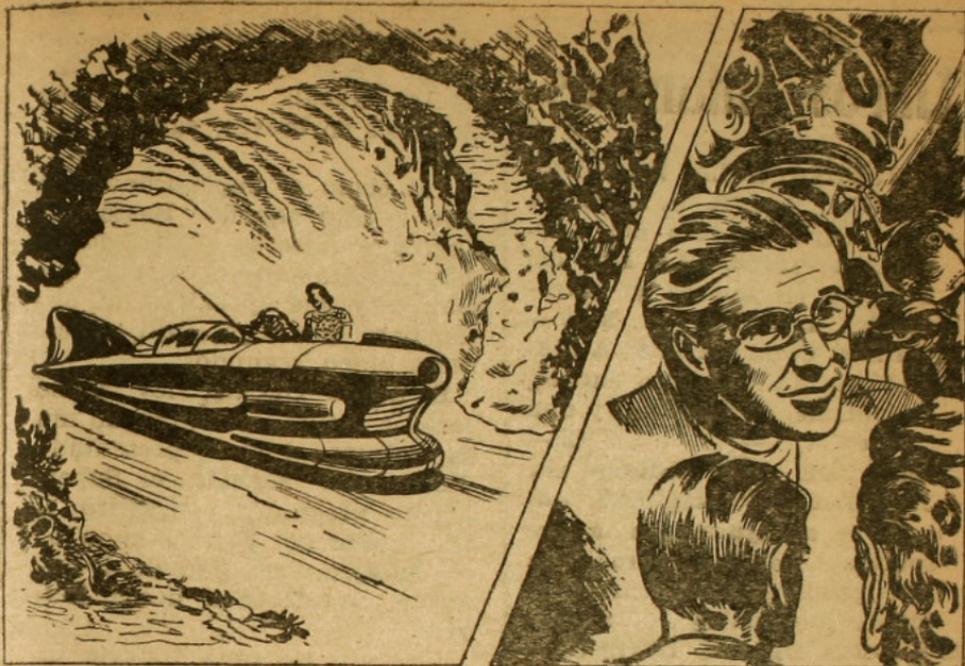
En ese instante el Super-Cóndor aspiró con ansias el fresco aire de la noche, se expandió su poderoso pecho, se hincharon sus músculos y las ligaduras saltaron despedazadas.

—¡Alas mías, crezcan! —dijo a media voz, el sobrehumano ser,

y sus alas reaparecieron espléndidas y vigorosas. Alzó el vuelo y como si se tratase de algo liviano como una hojarasca, arrancó el poste al que estaba atado Danilo, llevándolo por los aires con toda facilidad, mientras los centinelas despertaban alarmados, dando gritos de terror al ver aquellas sombras que se elevaban tan misteriosamente.

En pleno vuelo, el Super-Cóndor libró a Danilo de sus ataduras y el poste del suplicio descendió vertiginosamente a tierra. Momentos más tarde, nuestros amigos estaban de regreso en el Reino de Piedra, comentando la aventura en el gabinete del hombre alado.

—Tendrás que guardar el secreto que acabas de conocer Danilo —expresó el Super-Cóndor. Sólo tú y yo, fuera de mis enemigos saben que mis alas son vulnerables a la acción de la droga del sabio loco. ¿Has comprendido?



—¡Juro no revelarlo a nadie! respondió el muchacho.

—No tienes que prometerme nada, pues bien sé que eres un hombre de noble corazón; si fueses otro, el asunto sería muy distinto... demasiado distinto porque este secreto es gravísimo. ¡Pero tú eres mi amigo, Danilo!

—¡Su más fiel servidor! —respondió con júbilo y orgullo el pastor.

En seguida ambos salieron para ir donde el doctor Gabalk, que era el colaborador más directo que tenía el Super-Cóndor en su oculto país cordillera-no. Danilo tuvo la sorpresa de encontrarse ante un vehículo de futuristas apariencias.

—Este es un auto-cohete de los que fabricamos en nuestras usinas. No hay otro que le su-

pere en velocidad ni en facilidad de manejo. Sube, Danilo, y manéjalo.

—¿Manejarlo, yo? ¿Cómo? Nunca vi un vehículo más extraño; apenas he conocido los escasos automóviles que solían llegar al Valle Tranquilo, y jamás supe como se ponían en marcha.

—Es muy fácil —respondió el Super-Cóndor. Colocate esta mascarilla para altas velocidades, que son semejantes a las que se usan para los vuelos estratosféricos y no tendrás dificultades para respirar.

—Está bien —dijo Danilo, pero se quedó un momento en suspenso, agregando—: ¿Y la máscara para usted?

—Yo no la uso, Danilo; me basta pensar que no debo asfixiarme y eso me basta. Ahora

Libros Infantiles

DE VUELTA A LA ISLA DEL TESORO, por H. A. Calahan. Los mismos héroes del emocionante relato "La Isla del Tesoro", en nuevas y entretenidas aventuras . . . \$ 60.—

ALADINO O LA LAMPARA MARAVILLOSA. Hermoso cuento, inolvidable, de "Las Mil y una Noches" . . . \$ 42.—

JERRY DE LAS ISLAS, por Jack London. Magnífica novela de aventuras, en la que sobresale con su maravillosa inteligencia, el perro Jerry, el terrier inolvidable . . . \$ 66.—

HISTORIA DE LAS INVENCIONES, por H. W. van Loon. Animada y densa historia de las invenciones y del papel preponderante que han representado en el progreso humano . . . \$ 66.—

CON EL MISTERIOSO CAPITAN, por Emilio Salgari. El maestro de la narración de aventuras, en una de sus más atrayentes e interesantes creaciones . . . \$ 15.—

—Despachamos contra reembolso.

—Concedemos créditos a particulares de la capital y provincias.

A P O L O

Librería e Imprenta

HUERFANOS N° 611 — Fono

32065 — Casilla N° 9795

SANTIAGO DE CHILE

prime ese botón y PIENSA que debes dirigir el coche al punto donde está el laboratorio del doctor Gabalk, y verás cómo llegamos en breves segundos.

Tal como el Super-Cóndor lo dijo resueto aquello. Bastó que Danilo pensase en el sitio donde estaba el laboratorio del doctor Gabalk y que oprimiese un botón para que llegase allí, en escasos cinco segundos.

El doctor Gabalk les recibió persona mente, demostrando mucho placer al serle presentado Danilo. En seguida, el Super-Cóndor preguntó por Pedro, el otro pastor del Valle Tranquilo.

—Está en pleno período de curación —contestó el doctor Gabalk.

—¿Aíaso no sana todavía de sus impresiones nerviosas o se encuentra herido el pobre Pedro? —interrogó con preocupación Danilo.

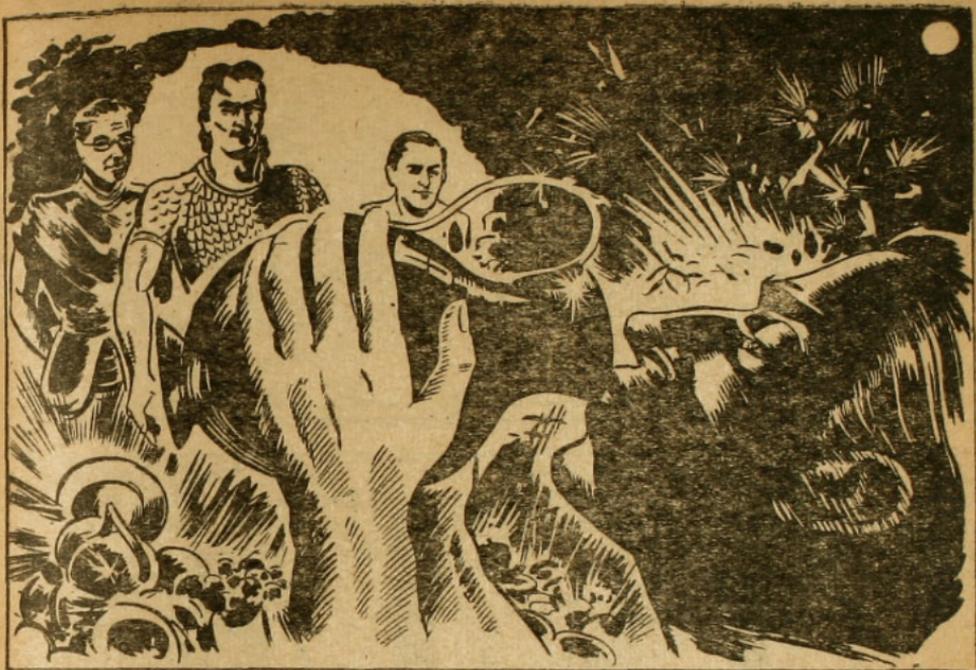
—Yo te explicaré, Danilo —dijo el Super-Cóndor—. ¿Recuerdas que al traer a Pedro a mi Reino de Piedra le advertí que le daría todas las riquezas que él quisiese?

—Sí, lo recuerdo, Super-Cóndor.

—Pues ya he cumplido con esa promesa. ¿No es así, doctor Gabalk?

—Efectivamente, señor. Su aposento está lleno de copas de plata y oro; sacos con pepitas de oro; barras de los más variados y ricos metales; finalmente, cajas llenas con piedras preciosas.

Danilo escuchó aquello muy sorprendido. Nunca se imaginó que su primo estaba en ese mo-



mento como nadando entre tales riquezas. Un momento después el Super-Cóndor y el muchacho entraban al aposento de Pedro siendo recibidos por el pastor con estas palabras, en las cuales se reflejaba la angustia:

—¡Oh! ¡Ustedes!... Creí que me habían abandonado.

—¿Abandonarte? ¿Por qué?

—le respondió el amo del Reino de Piedra, agregando—: Me parece que eres injusto al hablar de esta manera, Pedro. He ordenado que te dieran todas las riquezas que deseabas, las que te rodean fulgurantes. ¿No estás agradecido por ello?

—Estoy muy agradecido Super-Cóndor, pero quiero salir de aquí.

—¿Salir? ¿Para qué? ¿Tienes todo lo que has pedido Pedro!

—No tengo todo lo que he pe-

dido... ¡He suplicado que me traigan un vaso de agua y me lo han negado!

—¡Eso no puede ser! ¿Estás seguro que te lo han negado? Exclamó el Super-Cóndor, fingiendo una gran contrariedad.

—Sí; y me han respondido que me darán un vaso de agua sólo a cambio de un saquito de estas esmeraldas o de diez barras de plata. ¡Están locos!

—No me extraña, Pedro, que mis hombres te hayan pedido tal cantidad de riquezas por un vaso de agua pues todo aquí vale más que el oro y la plata.

—¿Cómo van a quitarme las riquezas que me has dado, a cambio de un mísero vaso de agua o de una naranjal!

—¿Tienes mucha sed Pedro? —interrogó el Super-Cóndor.

(CONTINUARA)

PILUCHO

El Pobre Pollo

P 101

4/10/59
Hyslop



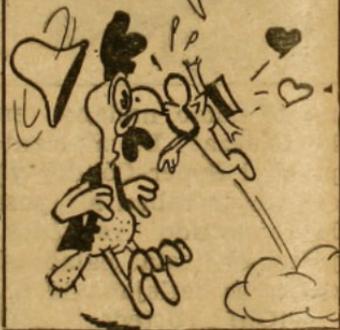
LOS CANTORES DE BOLEROS SE HACEN FAMOSOS-¿SABES?



EN MI VIDA CANTE UNA NOTA- SOY MAS AFÓNICO QUE UN ARPA DE CABARET



TIENES TODAS LAS CONDICIONES- SERÁS EL IDOLLO DE LA RADIO Y LA TELEVISION





¿
La
PEGARA
EL
POBRE
POLLO
EN
LA RADIO
?



Los Huérfanos del Circo

por Mencho

RESUMEN: "Cucaracha" ha llegado hasta la jaula de Manelik y le ha dado carne, siendo expulsado del circo por el empresario. Entretanto, el público reclama ruidosamente la participación de Tony y Luna en la función obligando al dueño del circo a sacar a los niños de la jaula del león, prometiéndoles ser bueno con ellos y de perdonar a "Cucaracha". Sin embargo, no cumple su promesa y arroja al payaso al camino, en medio de una tempestad de lluvia y viento. Los niños al darse cuenta de esto salen en busca de su amigo.

—¡Debe haber caminado hacia el bosque, en busca de abrigo bajo los árboles! ¡Corramos allá! —dijo Luna, y se dirigieron en esa dirección.

A cada instante los niños volvían a dar voces llamando a "Cucaracha" pero sólo escuchaban el ruido del viento por respuesta. Sin embargo, los chicos siguieron decididamente la búsqueda de su amigo, hasta que lograron dar con él bajo un frondoso árbol.

—¡Aquí estoy; amiguitos del alma! —gritó "Cucaracha" a Tony y Luna cuando les vio cerca. Los niños corrieron hacia él lanzando gritos de alegría, abrazándole en seguida jubilosamente.

—¡Nuestro querido "Cucaracha"! —dijo Luna—. ¿Ese infame te expulsó del circo?

—¡Y en una noche como ésta! ¿Qué haremos? —expresó Tony.

—No hay otra cosa que volver al circo— contestó la niña.

—Yo no puedo regresar... Déjenme aquí, mis buenos chicos —respondió el payaso.

Pero los niños le dijeron que jamás harían tal cosa y acordaron llevarlo a la caballeriza; podría dormir abrigado entre la paja y los fardos de pasto. La idea fué del gusto de "Cucaracha", pero volvió a mostrarse preocupado, diciendo:

—Pero, ¿mañana? Yo seré descubierto y expulsado nuevamente mientras ustedes tendrán que soportar el maltrato del empresario.

—Mañana nos marcharemos nosotros también —replicó Tony con energía.

—¿Cómo? ¡Ustedes no pueden lanzarse a una aventura! Son muy niños y correrán el riesgo de caer en peores manos.

—No creo que las haya peores que las del empresario —respondió Luna a su viejo amigo.

—Nos iremos juntos —dijo "Cucaracha"— y me dejarán en cualquier parte para que mis huesos descansen para siempre. Ustedes son buenos aristas y ganarán dinero donde vayan.

—No te dejaremos en cualquier parte, "Cucaracha", sino que nos acompañarás para ayudarnos a ganar nuestro sustento —manifestó Tony.

Ayudaron los niños a su buen amigo a ponerse en pie y lo llevaron a la caballeriza donde los tres pasaron la noche, ideando fugarse juntos, apenas aclarara el nuevo día.



A la mañana siguiente, el empresario descubrió que los niños se habían marchado. Se enfureció y los buscó por todas partes, ayudado por Rivanti. Cansado de la inútil búsqueda se sentó en un taburete y dijo a Rivanti:

—¿Por qué demonios se habrán marchado estos chiquillos?

—¿No echaste anoche a “Cucaracha”? —preguntó a su vez Rivanti.

—Sí... ¿Pero qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Nada menos que los chicos se han marchado con el payaso. Estoy casi seguro de ello. Y no creo que se hayan ido anoche, sino que se han escondido por aquí hasta que amaneció y se calmó la tempestad.

En ese momento apareció Fanella mostrando un pañuelo. Cuando hubo llegado ante el empresario, dijo:

—Esto lo encontré en la pesebrera, asomado entre la paja. ¿Lo conocen?

—Es un pañuelo de “Cucaracha” —contestó Rivanti, tomándolo entre sus manos y examinándolo cuidadosamente.

—¡Tira por allá eso y sigue buscando a los chacalillos! —gritó malhumorado el empresario.

—Mi querido empresario —dijo burlonamente Rivanti— ¿no te das cuenta de que este pañuelo nos revela la clave de todo lo sucedido? Me precio de ser un excelente detective y por ese pañuelo encontrado en la pesebrera deduzco que anoche, al echar tú al camino a “Cucaracha”, los niños se dieron cuenta de tal proceder y salieron en su busca. Francamente, la noche tempestuosa no era muy apropiada para expulsar a un viejo enfermo como ese desdichado.

—¡Te estás poniendo sentimental como una chica de quince años! —gritó amostazado el empresario—. ¡Si sigues hablando de esta manera me partirás el corazón y lloraré a mares!

—Déjame seguir —respondió Rivanti y continuó haciendo sus deducciones—; los niños trajeron de vuelta al circo a “Cucaracha” y lo llevaron a la pesebrera para pasar la noche. Por la mañana, temprano, han huído con él.

—¡Entonces no hay tiempo que perder! ¡Los perseguiré y verán como les va conmigo! —exclamó iracundo el empresa-





rio—. ¡Para eso tengo a mis bravos perros sabuesos! ¡Ellos descubrirán su rastro al oler este pañuelo de ese viejo ladrón de chiquillos!

Dichas estas palabras, el enojado empresario corrió a desatar sus perros sabuesos, les hizo olfatear el pañuelo de "Cu-caracha" y salió al camino con ellos, llevándolos sujetos por firmes lazos de cuero retorcido; la jauría saltaba y ensordecía con sus furiosos ladridos.

Rivanti y Fanela quedaron solos, viendo cómo el empresario se alejaba casi arrastrado por los perros.

—Ese pobre tipo es un tonto —dijo Rivanti a su mujer—. Los chicos eran una fortuna en sus manos, pues no encontrará otros artistas como ellos. . .

—Siempre he pensado que cometimos un error muy grande al vendérselos al empresario —expresó la mujer—; si los hubiésemos conservado como nuestros, a estas horas seríamos ricos; esta carpa sería nuestra y el empresario nos estaría sirviendo de rodillas.

(CONTINUARA)

Mapuchín

por

E. ditans



¡NO IMPORTA!...
DENTRO DE
POCO HOLLA-
REMOS MIS
TIERRAS.



RESUMEN
MAPUCHÍN HA SIDO
INVITADO POR "SIR
LABARIO" PARA IR
HASTA SU REINO
OCULTO. LA ÚLTIMA
VEZ LOS DEJAMOS
EN LOS MOMENTOS
QUE ERAN IZADOS...

SIR LABARIO...
ESTABA ERRA-
DO CON UD.



...Y ALLÍ VERÁS TA-
LES MARAVILLAS
QUE YA NO QU... QU...
UN MOMENTO EL RELE

ALO... SÍ, LABARIO
AL HABLA; QUIÉN?
AH, COMO TE VA
MUCHACHO... ¿CÓ-
MO DICES?... NO
ENTIENDO... ¿EH?

AXAPROTE
AWA TAE Ú
WUI TUI.

SEA BREVE

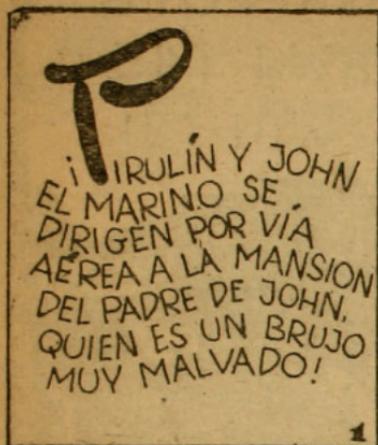


AXAPROTE
AWA TAE Ú
WUI TUI!

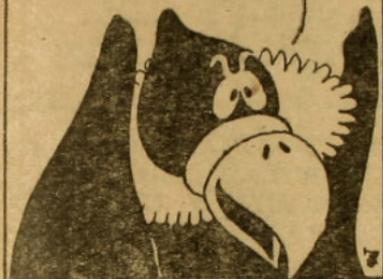
SÍ INMEDIATAMENTE
ME PONDRE EN CO-
MUNICACIÓN CON
ÉL: MIENTRAS TANTO
VAYAN ALISTANDO EL
EQUIPO DE URGEN-
CIA PARA UNO...

¿AXAPROTE... E-
QUIPO DE URGEN-
CIA PARA UNO?
MALO, MALO...
MAPUCHÍN, MUY
MAL, PERO

EL TESORO DEL



...NOS MANDA SUS
ARAÑITAS FALDERAS
AL ENCUENTRO, QUE
SON TAN VENENOSAS...



...QUE MATAN CON
LA SOLA MIRADA !!

¡VAMONOS MEJOR
PREFIERO SEGUIR
SIENDO GUSANO!



¿QUE DICES? ¡YA QUE
ESTAMOS AQUI
SEGUIREMOS
ADELANTE!



¿ADONDE ESTA TU VALOR
DE PRINCIPE?

¿DE QUE PRINCIPE
¿ME HABLAS?



¡VAMOS APRISA, QUE
QUIERO DEVOLVERTE
TU FORMA HUMANA,
QUE YA EMPIEZAS A
ABURRIRME COMO
GUSANO!



¡A
H, POBRE PIRULIN!
¡TE OLVIDASTE QUE
ERES UN PRINCIPE Y
ADQUIRISTE UNA
MENTALIDAD DE GU-
SANO!

Concurso de Navidad

\$ 50.000.- EN PREMIOS
¡NADA DE CUPONES!

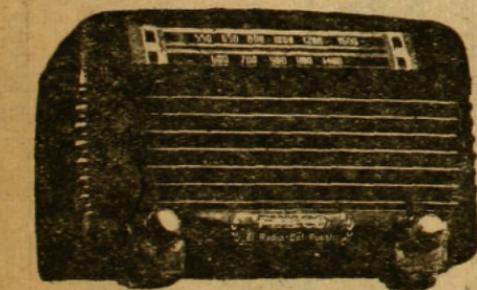
ALADINO, de su lámpara maravillosa sacará hermosos y valiosos regalos para sus amiguitos en la próxima Navidad. Para este ha organizado un grandioso concurso, en el que tomarán parte todos los lectores de esta revista, sin tener que hacer otra cosa que guardar los ejemplares de ella, coleccionándolos, a fin de conservar el número que lleva cada ALADINO.

Coincidiendo con el sorteo de Navidad de la Lotería de Concepción, ALADINO finalizará es-

tras del "gordo", tendrán derecho a los premios consistentes en UNA BICICLETA y UN RECEPTOR DE RADIO. Fuera de los premios mayores habrá miles de



premios en juguetes, libros de aventuras y cuentos, suscripciones a la revista, plumas fuentes, etc., para quienes posean "ALADINOS", cuyas terminaciones de 2, 3 y 4 cifras también coincidan con el "gordo".



te gran concurso, siendo premiados los lectores que sean poseedores de ejemplares, debidamente coleccionados, cuyos números tengan las mismas cifras finales del premio mayor de la lotería.

Los ejemplares de ALADINO, que tengan las CINCO últimas ci-

NO 218122



CUANDO JAVIERA CARRERA era niña...



amigos, fueran niños o niñas, obedecían ciegamente sus inspiraciones.

Más tarde, en sus días de la lucha por la Independencia Nacional, doña Javiera conjuntamente con imponer su belleza y su talento en los salones, imponía también su pensamiento y aconsejaba políticamente a sus hermanos, especialmente a José Miguel, que alcanzó a tener la suma del poder gubernativo en sus manos.

Ella fué también la que ayudó a crear la primera bandera nacional, decidiendo sus colores.

En honor y recordación de esta gran mujer chilena que demostró su temple desde su infancia en 1919 se dió su nombre al Liceo de Niñas N.º 1 de Santiago.

Caro
Giménez



Doña Javiera Carrera, hermana mayor de la familia y única mujer entre los demás varones, nació el 1.º de mayo de 1781 y vivió hasta la edad de 81 años, falleciendo el 20 de agosto de 1862.

Desde muy niña demostró una recia personalidad y el firme carácter que hicieron de ella el verdadero "jefe" de los Carrera. Tanto en los juegos como en las conversaciones, la pequeña Javierita imponía siempre su voluntad, y todos, hermanos y

